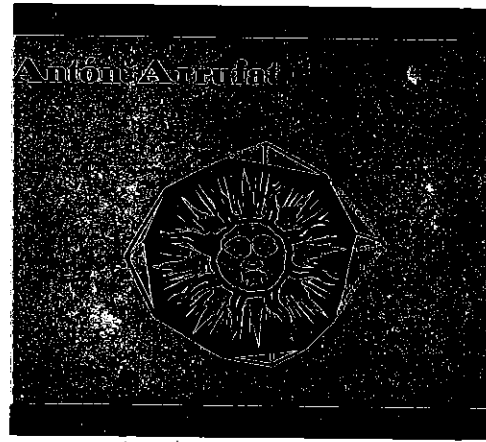


*Maldonado*

TODOS  
LOS  
DOMINGOS




La Habana 1965, Ediciones **R**

TODOS LOS  
DERECHOS RESERVADOS.  
IMPRESO POR  
EDICIONES REVOLUCION  
LA HABANA.  
CUBA.

DISERIO  
DE CHAGO.

a Virgilio Piñera.

## PERSONAJES

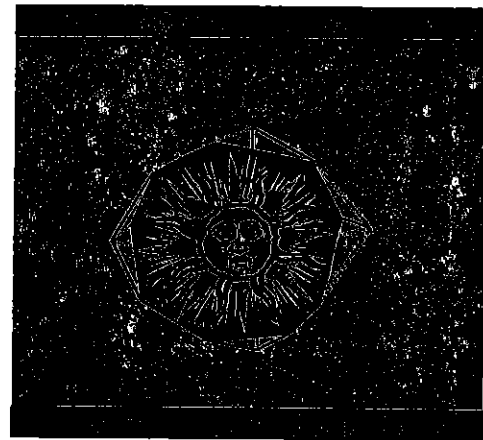


Olivia  
Alejandrina  
El novio  
La mujer de la sueta  
El viejo  
Camelinas  
Voces de niños

## ESCENARIO

*Una saleta. Profusión de muebles, arcas, figuras de porcelana, manteles de encaje, floreros, cuadros. Dos biombos. Dos vitrinas con puertas de cristales. Sillas frágiles, chucherías, platos en las paredes. Una pecera iluminada con plantas y peces; de cuando en cuando se escuchará el motor del oxígeno: el agua burbujea. Al fondo, una puerta vidriera, de doble hoja, que da a un patio. Atardece.*

ACTO PRIMERO



1

*Abierto el telón, el escenario permanece vacío unos segundos. Entra una Camarera y coloca una estatua de mármol de una mujer desnuda, con el pelo recogido, tapándose pudorosamente las partes, sobre un pedestal, entre arecas. Sale. Después de unos segundos, se abre con estudiada lentitud la puerta del fondo: en medio del patio de losetas de barro, con canteros de azucenas y gladiolos blancos, está Elvira, en una*

*silla de ruedas, inmóvil, vestida de blanco, con un abanico de nácar y seda abierto sobre el pecho. La luz del patio es más intensa y radiante. Silencio.*

ELVIRA

(Autoritaria, desde el patio.) Vamos, vamos. ¿Me vas a dejar todo el día aquí? (En otro tono, suspirando.) ¡Ah, es horrible necesitar de alguien! Toda mi vida he estado en manos de extraños. Esta mujer... Menos mal que hoy es domingo. Algo me traerá este día al fin... (Sin moverse, en voz alta.) ¿Vendrás de una vez? Un día de estos voy a echarte a patadas, sin compasión. (Se arrepiente.) Oh, no, no, perdóname... Si pudiera arrodillarme te suplicaría... Pero estar todo el tiempo en esta silla... Ven, estoy arrodillada. (Sin moverse.) Cualquiera día va a ser el último día. No llores, no llores. No me conmueven tus lágrimas. No escucho tus súplicas. Tengo los dedos en los oídos. (Pausa.) ¿Vendrás? Sé que estás detrás de la puerta escuchándome, esperando que te suplique, oyéndome sufrir... ¡Hazme entrar! (Pausa.) Van a dar las cinco, tendrás que ponerme las joyas, el sombrero... (Se escucha abrir y cerrar una puerta. Con gran ansiedad.) ¿Estás ahí? Si supieras cuántas cosas tengo que agradecer-

Diecinueve

te. Ven, ven y te las diré todas. ¿Estás ahí?

(Alejandrina aparece después de una pausa. Viste un uniforme negro. Cruza lentamente la saleta y se detiene frente a Elvira, sin atravesar el umbral. Tiene los brazos rígidos a lo largo del cuerpo y los puños cerrados. Elvira no se ha movido, permaneciendo con el abanico en el pecho. Hay un silencio tenso, expectante. Después, Alejandrina avanza paso a paso, se coloca detrás de la silla de ruedas y la empuja lentamente hasta la saleta. La puerta se cierra despacio).

ELVIRA

¿No te parece que debería tomar una taza de tilo?

ALEJANDRINA

¿Por qué? Deje el tilo para otra ocasión.

ELVIRA

¿Crees que no me pongo nerviosa?

ALEJANDRINA

Quizá el primer domingo, cuando esto empezó. Pero ahora...

ELVIRA

¡El primero y todos! Este también. ¿Si no para qué? La mañana del domingo estoy más nerviosa que nunca. ¿Qué

pasará?, me pregunto. ¿Qué pasará con todo esto? Estoy nerviosa, me sudan las manos; deberías prepararme una taza de tilo. Es lo único que me calma.

ALEJANDRINA

No trate de engañarme, señora.

ELVIRA

Digo la verdad.

ALEJANDRINA

No hay tiempo.

ELVIRA

¿Ya van a dar las cinco?

ALEJANDRINA

De un momento a otro.

ELVIRA

¿Será puntual?

ALEJANDRINA

Se lo advertí.

ELVIRA

Has hecho bien. No me gusta que me hagan esperar.

ALEJANDRINA

Lo sé.

ELVIRA

(Irónica.) Veo que cumples con tu deber.

ALEJANDRINA

(Irónica.) Gracias, señora.

ELVIRA

¿Por qué no sonará el reloj?

ALEJANDRINA

Ya sonará.

ELVIRA

El relojero vino la semana pasada y lo atrasó quince minutos, estoy segura. Todos quieren evitar este momento. Tú también, tú más que todos. Quieren que no venga nadie, que no suene nunca el aldabón de la puerta. Un día detendrán el reloj para siempre.

ALEJANDRINA

¿Le traigo su reloj de pulsera?

ELVIRA

No, no puedo soportar un reloj cerca de mí. Hace años que no le doy cuerda. Me parece que los relojes van a estallar. Tic tac, tic tac, y acaban con una. Ese, y bien lejos. En la cocina, donde no pueda verlo.

ALEJANDRINA

(Fríamente.) Ya lo oiremos sonar de todas maneras.

ELVIRA

(De repente.) Sí, que suene, que sue-



ne al fin. (Pausa.) He imaginado tanto este momento, lo he visto tantas veces al escuchar pasos, cuando ladra el perro, que me parece que no sucederá nunca. Y cuando llega es como si nada. Se me va de entre las manos, se hace trizas. (Pausa.) ¿Estás segura de que vendrá?

ALEJANDRINA

(Puntualizando.) Prometió venir, prometió ser puntual, prometió decirlo todo.

ELVIRA

Son muchas promesas para una sola persona.

ALEJANDRINA

Es mucho el dinero.

ELVIRA

¿Por qué eres tan severa? (Pausa, suspirando.) No he conocido a nadie realmente piadoso.

ALEJANDRINA

Hace tiempo que no conocemos a nadie.

ELVIRA

No es culpa mía.

ALEJANDRINA

¿De quién, entonces?

ELVIRA

(Con indolencia.) Ah, eres implacable.

Quieres atormentarme. (En otro tono.) He aquí una criada que tortura a su señora, que no es sumisa, que no inclina la frente. He oído en tu cuarto el sonido de los instrumentos, el látigo, las poleas... (Se abanica.) ¿Has visto?

ALEJANDRINA

Sí, señora.

ELVIRA

(Mirando el abanico.) Hacía tanto tiempo que no lo sacaba de su estuche. Te juro que lo encontré al azar, sin darme cuenta. ¿No me crees? Está intacto, como si nada hubiera ocurrido. (Con ironía sarcástica.) ¡Oh, amantes! ¡Sólo ustedes pasan como una ráfaga...! (Pausa.) Es el mismo, ¿verdad?

ALEJANDRINA

Sí, señora. El mismo.

ELVIRA

(Tirándolo de pronto.) ¡No lo quiero! Me trae mala suerte.

ALEJANDRINA

Ojalá se haya roto.

ELVIRA

¿No esperas quedarte con él después de mi muerte? Sé que lo pusiste cerca de mí, para que yo lo vierá. Nunca lo hubiera recordado si tú no me provoca-

ras. Un día serás capaz de dejarlo debajo de la almohada, de llenar mi cuarto con abanicos iguales, para que no me olvide. (Súbitamente.) ¡Recógelo! (Alejandrina lo hace. Se incorpora mirando fijamente a Elvira.) ¡Bésalo! (Alejandrina lo besa.) ¡Sobre aquella mesa! (Trasición, con delicadeza.) Querida, ¿se ha roto?

ALEJANDRINA

Usted sabe que no le ha pasado nada.

ELVIRA

No podría tolerarlo. No debemos destruir nuestros recuerdos; es como hacerse traición, ¿no?

ALEJANDRINA

Usted no puede hacerlo.

ELVIRA

(Con falsa ingenuidad.) ¿Quieres decir que tengo buena memoria?

ALEJANDRINA

Quiero decir que necesita vengarse.

ELVIRA

(Riendo nerviosamente.) ¿Qué me importa a mí la venganza? Además, ¿de quién podría vengarme? Eres muy sombría. ¡La criadita enlutada! Deberías vestirme de blanco.

ALEJANDRINA

(Con firmeza.) Estoy bien así.

ELVIRA

Si tú lo crees...

(Después de un silencio entran dos Camareras y retiran un mueble. Lo hacen sin tomar en cuenta a los personajes, como si la escena estuviera vacía).

ELVIRA

No quiero correr ningún peligro.

ALEJANDRINA

Usted se cuida demasiado.

ELVIRA

No empecemos, por favor.

ALEJANDRINA

No voy a empezar, voy a terminar.

ELVIRA

¿Qué quieres decir?

ALEJANDRINA

Usted lo sabe.

ELVIRA

Lo he olvidado.

ALEJANDRINA

(Amenazadora.) Ya lo recordará.

ELVIRA

Te he dicho que lo he olvidado.

ALEJANDRINA

Cuando oiga cerrar la puerta, cuando llame inútilmente, cuando nadie le haga las cuentas, lo recordará.

ELVIRA

Me cansas. (Cambiando de tema.) ¿Dijiste que era puntual?

ALEJANDRINA

(Rectificando.) Sólo dije que se lo advertí.

ELVIRA

Por favor, ¿se parece a él?

ALEJANDRINA

Se da un aire. Es alto, esbelto, joven. En algunos momentos parece que le salta un ojo.

ELVIRA

Te he repetido mil veces que no le saltaba ningún ojo. No sé quién ha regado por ahí que le saltaba un ojo.

ALEJANDRINA

(Insistiendo.) Recuerdo que le saltaba el ojo izquierdo.

ELVIRA

Era un error. Además, nunca has visto muy bien.

ALEJANDRINA

Como quiera la señora, pero le saltaba un ojo.

ELVIRA

Asunto terminado.

ALEJANDRINA

(Se transforma. Sus gestos son desfachatados y vivaces. Habla con todo el cuerpo a alguien que parece tener delante.) ¡Acércate! ¿Qué te pasa? ¿No estás decidido? A ella le gustan los tipos decididos y que hablen bonito, si no esto se hunde. Coge, esta es la foto. Se la tomaron durante el noviazgo, antes del fin. ¿Que de qué fin? Quieres saber mucho; ten paciencia. A lo mejor te enteras. Con ella nunca se sabe. (Pausa.) ¿No lo oíste por ahí? Si la gente del barrio no habla de otra cosa. (Pausa.) No te asombres: le salta un ojo, el izquierdo. Dicen que cuando se ponía nervioso. ¿No lo ves en la foto? Sí, chico, tiene el ojo como aguado. (Pausa.) Toma, aquí está el traje, el traje del que te hablaron. Te lo pones y te apareces a las cinco en punto. Bien, ¿eh? ¿Que luzca! Aquí hace falta. Te abrochas los botones y un pañuelo en el bolsillo, así un poquito afuera... (Pausa.) El último día —ya te lo dije— el último día él llevaba este traje. Tenía veinticinco años, y era bonito

cantidad, a pesar del ojo. Bonito de la cabeza a los pies. ¿Y tú qué edad tienes, muchacho? Ah, pues por esa época tendrías unos cinco años. Quizá estabas por ahí cuando ellos paseaban... ¿No tienes nada, ni un quilo prieto? Pues cuando ellos paseaban en coche, bien vestidos y con la barriga llena, tú estabas vendiendo periódicos. Se lo diré. Ella se emociona con la desgracia. Mirándote bien, te pareces bastante. ¿Me equivoco?

(Alejandrina cierra una puerta imaginaria y se arregla el vestido. Silencio).

ELVIRA

¿Quién te lo recomendó?

ALEJANDRINA

El anterior. Aquí no entra más nadie.

ELVIRA

No insistas. ¿Es de confianza?

ALEJANDRINA

Nunca se sabe.

ELVIRA

(De golpe.) Antes eras más arriesgada.

ALEJANDRINA

Antes eran otros tiempos.

ELVIRA

Salías a la calle. No te conformabas con recomendaciones.

ALEJANDRINA

La gente nos conocía menos, hablaba menos.

ELVIRA

Ya estaban construidas las tapias.

ALEJANDRINA

Usted también era más exigente.

ELVIRA

(Recordando, con creciente frenesí.) El peligro acechaba en cada una de sus miradas. Vivíamos pendientes de sus ojos, de sus manos... Cuidado, está mirando el jarrón de porcelana...

ALEJANDRINA

(Con frenesí.) Cuidado, ha descubierto el cofre.

ELVIRA

Siento sus ojos en mi cuello.

ALEJANDRINA

No te muevas de la puerta, Alejandrina.

ELVIRA

Escóndete detrás del biombo.

ALEJANDRINA

Vigila, vigila...

ELVIRA

No sabes quién es, ni lo que podrá hacer.

ALEJANDRINA

Podría saltar sobre tu cuello, arrancarte el collar, estrangularte y quedarías muerta en el suelo con tus piernas inválidas.

ELVIRA

Está mirando mis sortijas, la amatista.

ALEJANDRINA

Cuida a la señora, cuidala como a tus ojos aunque ella te saque los ojos.

ELVIRA

Vigila con el cuchillo en las manos, con la tijera...

ALEJANDRINA

No se oye, no se oye nada... ¿La habrá matado? Ahora le arranca las sortijas...

ELVIRA

Llama, llama a los criados, que suelten el perro...

ALEJANDRINA

(Paralizándose, rectifica.) A los otros criados.

ELVIRA

(En otro tono.) No seas susceptible. Sabes que te quiero como a una hermana.

ALEJANDRINA

(Suelta una carcajada.) Como una hermana... Me quiere como a la cazuela de la cocina. Cazuela, cazuelita, báñame, vísteme, busca los hombres, empuja la silla...

ELVIRA

¡No seas estúpida! (Pausa.) Ah, ¿cuándo serán las cinco? Me aburres. ¿Qué perfume me has puesto?

ALEJANDRINA

Houbigán.

ELVIRA

(Con coquetería.) Es encantador. (Pausa.) ¿No has pensado cuántos hombres trabajaron para obtener este perfume? Me conmueve pensar en esos seres desconocidos, y que yo tengo ahora, en mi cuerpo, el resultado de sus desvelos. (Pausa. Con inquietud.) ¿Qué te ocurre?

ALEJANDRINA

Nada.

ELVIRA

¿Por qué me mirabas así?

ALEJANDRINA

No lo sé.

ELVIRA

¿En qué pensabas? ¿Me odias?

ALEJANDRINA

Me gustaría vivir sola en una casa pequeña, pero con una gran escalera a la entrada.

ELVIRA

No me amenes. Vuelves a lo mismo. (Pausa.) Tendrías que subirme carga, en brazos.

ALEJANDRINA

Dije que viviría sola.

ELVIRA

No voy a pedirte que me lleves, que me dejes entrar a tu casa. ¡Te pudrirás allí! Nadie irá a verte.

ALEJANDRINA

Con una gran escalera, una escalera enorme... Quizá le permita mirar desde abajo, y si me siento bien ese día es posible que la salude agitando un pañuelo. (Pausa.) ¿Quiere que le traiga la cuenta de los gastos?

ELVIRA

No, todavía no. Mañana me ocuparé de ella, cuando todo haya terminado.

ALEJANDRINA

Para volver a empezar.

(Entran dos Camareras y colocan un fonógrafo antiguo sobre una mesa alta. Salen llevando algún objeto.)

ELVIRA

(Mirando a su alrededor.) Hay más flores que nunca.

ALEJANDRINA

La florería manda siempre el mismo número.

ELVIRA

Llévame. Quiero oler los claveles.

(Alejandrina empuja la silla de ruedas hasta un búcaro lleno de claveles blancos.)

ELVIRA

(Aspirando.) Nunca es igual este olor... Hay cientos de claveles y todos huelen distinto. "El hombre del clavel" se llamaba aquel cuadro que vimos en Berlín. Sí, fue en Berlín, pero tal vez era rojo el clavel, rojo o morado. ¿Existen claveles morados? (Pausa.) No me acerques tanto. ¿Quieres ahogarme? Sepárame. Me molesta este olor. Cada domingo pones más flores. No, no lo niegues. ¿Crees que no me doy cuenta? El domingo pasado había menos gladiolos. Los conté, te aseguro que los conté. Cuéntalos tú misma, cuenta los de hoy.

ALEJANDRINA

(Se acerca y los cuenta.) Uno, dos, cinco... Hay veinte.

ELVIRA

¿Ves que tengo razón? Te propones convertir esto en una funeraria, encerrarme en un ataúd. Un día me desplomaré entre estas flores. No, no mientas. Son tus coronas, más cada día. Quieres ahogar a la vieja, anunciarle el fin. (De golpe.) No te dejaré nada, ni un centavo.

ALEJANDRINA

¿Y a mí qué me importa?

ELVIRA

¿No te he sorprendido mirando mis joyas, mis vestidos, las sedas...? Ambicionas todo lo mío, lo codicias, lo acaricias cuando no estoy, y esperas que no esté de una vez para empezar a ponértelo todo. Pero no te dejaré nada. Me lo llevaré todo a la tumba. Ordenaré que me lo echen todo en la caja. Tendrás que ir al cementerio a cavar, a arrancarme los aretes, a despojarme del collar... (Pausa.) No me empujes así. ¿Intentas matarme? Antes de morir lo dejaré todo ordenado y dispuesto. No seré débil en el último instante.

ALEJANDRINA

(Fríamente.) Terminemos. Falta poco tiempo. (Trae un cofre.) La señora va a ponerse sus joyas. ¡Los dedos!

ELVIRA

No, no. Me duelen horriblemente.

ALEJANDRINA

(Cerrando el cofre.) ¡Basta! La he bañado, perfumado; he arreglado todas las cosas, para que ahora empiece... Aquí están sus joyas. ¿La amatista? Es la que lució aquel día.

ELVIRA

(Ahogándose.) Sí, dámela, vieja zorra.

ALEJANDRINA

¡Las manos! (Le coloca la sortija.) ¡Así!

ELVIRA

Es hermosa. Su resplandor es uno de los pocos momentos de alegría. Estas piedras parece que no cambiarán nunca, que nada les sucederá. El amaba esta joya. Me pedía que la llevara cuando salíamos juntos, al atardecer, cuando todo es más bello porque no nos hieren. Sí, lo recuerdas perfectamente. Ese día en la terraza del café, tenía esta piedra puesta. Ella también guardó silencio. (Pausa.) Abre otra vez el cofre, inclínalo: ah, el topacio, los rubies... Siempre ahí, esperando mis dedos. Dame la sortija de brillantes, ponme el pendiente, las pulseras... Cúbreme, cúbreme con mis joyas, que resplandezca con estas luces frías. Llévame al espejo.

ALEJANDRINA

(La empuja hasta la consola con candelabros de porcelana.)

ELVIRA

No estoy como hubiera querido, pero estas alhajas me hacen feliz. Debía haber espejos que nos reflejaran como uno ha querido ser. (Pausa.) ¿Te fijas? Puedo ahora mover los dedos. Ayer no podía casi hacerlo. Algún día volveré a tocar el piano, como antes. (Mirándose las manos a la altura del espejo, con afecto.) ¡Las pobres! Parece increíble: eran lo que más llamaba la atención. ¿Te acuerdas? Las manejaba en la conversación, subrayaba las palabras con un gesto... Ahora tengo los dedos estropeados... Parecen muelas de cangrejo... (Suspirando.) Ay, realmente me siento ultrajada. ¿Qué pensaría él si hoy viera estas manos?

ALEJANDRINA

Nunca lo sabremos.

ELVIRA

Quizá.

ALEJANDRINA

Es mejor así. ¿Qué pensaría si le viera los pechos? Cada vez que la baño asisto a ese espectáculo. (Con dramatismo exagerado.) ¡Oh, contemplar esas cosas que se desprenden!

ELVIRA

¿No hay espejos en tu cuarto?

ALEJANDRINA

Están vueltos contra la pared.

ELVIRA

Haces bien, querida. (Pausa.) De veras, anoche en la cama creí que no amanecería. Nada hay como amanecer, despojarse de las sábanas y encontrarse con el mundo. Tienes que empezar otra vez, unir lo que has perdido... Mi madre solía decirme al verme levantada: "¿Ya recordaste?" Y sigo recordando, y recordando... Dame el echarpe.

ALEJANDRINA

(Le pone el echarpe sobre los hombros.)

ELVIRA

Fue su último regalo. Es como una red que intentará aprisionarme. ¿Qué pasará esta tarde? Mi vida empieza ahora y termina cuando el sol oscurece...

ALEJANDRINA

(Enciende los candelabros.)

ELVIRA

¿Ves? Este echarpe me sirve de mortaja. Pronto no te quedará más que cerrar la tapa, Alejandrina, y todo habrá concluido.

(Entran las Camareras y colocan una mesa, vuelven los biombos al revés. La



escena deberá dar la impresión de la terraza de un café antiguo. Se escuchan voces de niños que juegan, corren y gritan.)

ELVIRA

Están jugando otra vez en el jardín. Diles que se callen, que se vayan, o empezarán a tirar la pelota contra la puerta. No soporto ese ruido, es como un mal presentimiento.

(Alejandrina le pone una pamea con cintas y flores moradas. Sale. Elvira ha quedado en el centro, cerca de la mesa con mantel blanco. Un reloj de música comienza a sonar y da cinco campanadas profundas, lentas. Las Camareras corren cortinas de café a lo largo de una barra de metal dorado que le da la vuelta a la escena. Suena la última campanada.)

2

(Entra El Novio. Es un hombre joven que viste un traje anticuado. Trae un disco dentro de un sobre. Al entrar, se sobrecoge, mira en derredor, un tanto perplejo. Saca del bolsillo una pitillera de plata, la mira, le da vueltas, comprueba el cierre. Hace lo mismo con el encendedor. Se arregla el traje y se adelanta como un actor que se dispone a salir a escena. En los primeros mo-

mentos se le notará algo inseguro, como si fuera a fallarle la memoria; después ganará aplomo y fluidez. La escena se irá oscureciendo lentamente.)

EL NOVIO

(De pie, hace una leve inclinación.) Disculpame por hacerte esperar, pero no fue fácil dejar el coche...

ELVIRA

(Con leve ironía.) Debes cuidarte...

EL NOVIO

¿No estás segura...?

ELVIRA

¿Debería estarlo?

EL NOVIO

Sentémonos. (La empuja hasta la mesa. Se sienta.) Voy a ordenar tu vermut. (Da una palmada y aparece una Camarera.) Vermut y un daiquirí. (La Camarera sale.) Decías que me cuidara de...

ELVIRA

No lo recuerdo ya.

EL NOVIO

Así mismo podrías olvidarme...

ELVIRA

Mientras dejabas el coche pensé que no regresarías...

EL NOVIO

(Sonriendo, siempre dentro del juego.)  
Yo quisiera estar tan seguro.

ELVIRA

No lo estés. No lo permitiré nunca.

EL NOVIO

Te conquistaría otra vez. Te lo prometo.

ELVIRA

¿Es algo fatal?

EL NOVIO

Así parece.

ELVIRA

(Sonriendo.) Mientes tanto que llegarás a decir la verdad sin darte cuenta.

EL NOVIO

Me mordería la lengua.

ELVIRA

Esa lengua mentirosa. Un día voy a hacer que te corten la lengua y me haré un collar.

EL NOVIO

Así, como este.

ELVIRA

Tal vez...

(Entra Alejandrina con unas grandes tijeras y se esconde sigilosamente tras un biombo.)

EL NOVIO

¿Y si empieza a enamorarte?

ELVIRA

Si no lo hace en público: la gente podría decir que me dejo engañar.

EL NOVIO

Eso sería terrible. Sin embargo, sospecho que el collar no guardará silencio. No podrás salir con nadie, tendrás que estar en tu casa, abandonar a tus amistades.

ELVIRA

Lo encerraré en un estuche de metal con siete llaves.

EL NOVIO

El sabrá esperar.

ELVIRA

Lo olvidaré.

EL NOVIO

No es tan fácil. Es una joya interesante.

ELVIRA

¿Tú crees...?

EL NOVIO

Estoy casi seguro.

ELVIRA

Procuraré aumentar ese casi.

EL NOVIO

Eres terrible.

ELVIRA

Defiéndete.

EL NOVIO

Me gusta ver cómo te brillan los ojos. Es así... en pequeños relámpagos... No sé en qué momento me puse a pensar en ti, pero un policía vino y me dijo: "Oiga, ¿se cree que la calle es para usted solo?" Y tuve que echar a andar. Entonces me di cuenta que sonaban los claxons hacía rato.

ELVIRA

¿Quieres que te diga dónde fue?

EL NOVIO

¿Qué hacías tú en ese momento?

ELVIRA

Quizá pensaba en ti.

EL NOVIO

Lo agradezco. Dime, ¿dónde fue?

ELVIRA

En la esquina, después que me dejaste.

EL NOVIO

¿Te parece que el coche caminó tan poco?

ELVIRA

Y volviste a recordarme.

EL NOVIO

¿Dónde?

ELVIRA

Allí mismo, cuando se fue el policía.

EL NOVIO

¿Eres adivinadora?

ELVIRA

No es un secreto.

(Entra una Camarera trayendo las copas en una bandeja. Las deja sobre la mesa y se retira.)

ELVIRA

(Bebiendo.) Delicioso. Tiene un lindo color. ¿Está bueno el daiquirí?

EL NOVIO

Aquí lo preparan muy bien. (Tomando la copa de vermut, la alza un poco.) ¿Sabes de qué está hecho? (La hace girar entre los dedos.) Vino blanco, ajenojo y unas sustancias amargas. Este olor es de la nuez moscada, de clavos de especias, de lirios de Florencia... (Deja la copa sobre la mesa.)

ELVIRA

¿Te enseñó tu padre todo eso?

EL NOVIO

Y otras cosas más.

ELVIRA

Un día iremos al almacén de tu padre.

EL NOVIO

El nos espera hace tiempo.

ELVIRA

Debe ser agradable tener un almacén de vinos.

EL NOVIO

Allí he pasado mi vida. Mi padre me llevaba por las mañanás, para que fuera conociendo el negocio, tratando a la gente... He visto desembarcar miles de cajas de vinos de Francia o de España... Cuando era niño coleccionaba las etiquetas de las botellas; las había de muchos colores, doradas, con medallas, con vestidos que no conocía... A propósito, el otro día encontré uno de los álbumes... Tengo el olor de los vinos pegado al cuerpo.

ELVIRA

(Insinuante.) ¿Y no se te quita nunca?

EL NOVIO

Nunca.

ELVIRA

¿Me dejarás olerlo?

EL NOVIO

Es probable.

ELVIRA

(De repente.) Haces mal en creerlo.

EL NOVIO

Lo sé y me resigno. Llevo las de perder. (Saca la pitillera de plata, le da vueltas buscando torpemente el cierre, lo encuentra al fin, la extiende a Elvira.) ¿Fumas?

(Elvira toma un cigarrillo, saca de su bolso una larga boquilla y lo coloca. El Novio se lo enciende y prende después el suyo. Fuman en silencio.)

ELVIRA

Me gusta venir aquí. Hace fresco en esta terraza. Vendremos siempre, ¿verdad?

EL NOVIO

(Retomando el tono anterior.) ¿Debo decir siempre?

ELVIRA

En este instante quisiera que lo dijeras. Me gustaría escucharte esa palabra.

EL NOVIO

(Conmovido.) Siempre.

(Silencio. Vuelven a fumar.)

ELVIRA

En mi familia sabemos cumplir nuestras promesas.

EL NOVIO

Eso he oído decir.

ELVIRA

¿Y en la tuya?

EL NOVIO

La mía es gente garantizada.

ELVIRA

¿Estás tú garantizado?

EL NOVIO

Espero que usted lo compruebe.

ELVIRA

¿No te he contado cómo murió mi madre? Fue en un largo viaje, en un viaje alrededor del mundo. Murió en Nápoles, de un ataque de angina de pecho. Mi padre le había prometido que recorrerían todos los países, los cinco continentes, y ella murió en mitad de la travesía. Pero él supo cumplir su promesa. Compró un yate, varios médicos la inyectaron para que no se pudriera, y la llevó por todas las ciudades del mundo. Después, la enterró debajo de su cama, en una tumba de mármol. (Pausa.) ¿Por qué no me regalas el álbum que encontraste?

EL NOVIO

¿Lo guardarás bajo siete llaves?

ELVIRA

¿También habla?

EL NOVIO

Todo lo mío se pone a hablarte.

ELVIRA

No me lo traigas entonces.

EL NOVIO

Le ordenaré que se calle, y mañana lo tendrás aquí.

ELVIRA

(De repente.) No le digas nada. Déjalo, a lo mejor me gusta oírlo hablar.

EL NOVIO

¿Puedo incluir mi foto en el álbum?

ELVIRA

La haré pedacitos.

EL NOVIO

No importa, con tal de que me toques.

ELVIRA

Echaré los pedacitos al fuego.

EL NOVIO

No importa, con tal de que me quemes.

ELVIRA

Pondré tus cenizas en un relicario.

EL NOVIO

¿Lo llevarás sobre el pecho?

ELVIRA

Cuando venga a este café, solamente.

(Entra la mujer de la suerte, el pelo desgreñado, sin dientes, con un tablero so-

bre un trípode revestido de cintas. Encima del tablero están la cotorrita y pequeñas cajas con tarjetas de colores.)

LA MUJER

Aquí, la cotorrita de la suerte. El pasado, el presente y el porvenir. Señora, caballero, alumbre su camino, conozca su destino. La cotorrita se lo dirá. Viajes, negocios, matrimonios, una desgracia, enfermedades... Pregunte usted, señora, usted también, caballero.

EL NOVIO

¿La cotorrita nunca se equivoca?

LA MUJER

La que nunca se equivoca es la vida, compadre. Lo que está para uno no se lo quita nadie.

EL NOVIO

¿Ni la cotorrita?

LA MUJER

Ella revela, no cambia.

EL NOVIO

(A Elvira.) ¿Quieres que te revele algo?

LA MUJER

Si no hay fe, esto no sirve.

ELVIRA

¿Te parece que le pregunte...?

EL NOVIO

Eso te lo digo yo mismo cuando tú quieras.

ELVIRA

Lo olvidaría en el acto.

LA MUJER

¿No le interesa el futuro? Un viaje, una promesa que no se cumple... Nadie sabe; fragilidad se llama la vida. Viene por aquí, viene por el otro lado... Mire, ¿quiere que le diga la verdad? No pasa más de lo que ya había pasado. Viene lo que ya había venido. Uno se sienta y dice: "Caramba, si me lo hubieran advertido". Aquí estoy con la cotorrita de la suerte para advertirlo. Sépalo. Vaya al seguro. El futuro está ahí, al doblar de la esquina, y llega de todos modos.

ELVIRA

¿Y cuál es mi futuro? ¿Qué va a ocurrirme?

LA MUJER

Ahora mismo se lo dice la cotorrita de la suerte.

ELVIRA

¿No sería mejor ignorarlo?

LA MUJER

Si lo sabe, lo goza dos veces: ahora y cuando llega.

ELVIRA

¿Y si la cotorrita me anuncia algo malo?

LA MUJER

Lo goza igual. (La mujer coloca el tablero cerca de Elvira, abre el trípode.) Dame el secreto, pájaro de la suerte, señala el futuro, alumbrá el camino. (Acaricia la cotorrita, que chilla, salta y saca con el pico una tarjetica. La mujer la coge y la pasa a Elvira.) Abralo, para que lea el bien o el mal.

ELVIRA

(Rompe el sobre y lee.) Un amor imposible. (Se echa a reír.) La suerte acaba contigo... Todo lo que me has dicho es falso. Eres un engañador.

EL NOVIO

Dame tiempo.

LA MUJER

¿No va a preguntar nada?

EL NOVIO

Vamos. (Se pone de pie frente al tablero.) Mirame bien, cotorrita: a mí revelas el futuro, no a ella.

ELVIRA

Sí, a él, a ese gran mentiroso. (Ríe.)

LA MUJER

Dale el secreto, pájaro de la suerte, ilumínalo. (La mujer toca la cotorrita que

salta, chilla y saca otra tarjeta con el pico.) Para usted, caballero.

EL NOVIO

(La toma.) Es amarilla.

LA MUJER

Es la suya. No sea aprensivo.

EL NOVIO

(Sacándola del sobre, lee.) Un largo viaje. (Pausa.) ¿Y haré este viaje solo?

LA MUJER

¡Acaso!

ELVIRA

Es lo más probable. Nuestros destinos están contrapuestos. Para tí un largo viaje, para mí un amor imposible. Si es imposible, viajarás solo. ¿No está claro?

EL NOVIO

Una cosa dice la cotorrita y otra digo yo.

LA MUJER

Te veo mal. Recuerde, no sucede más de lo que ya sucedió. Me debe cuarenta centavos.

EL NOVIO

¿Por qué no le pregunta a la cotorrita si se los voy a dar?

LA MUJER

¿Quiere que la cotorra te saque un ojo?

ELVIRA

(Burlona.) Por favor, tuerto sería demasiado.

EL NOVIO

(Saca el dinero.) Gracias por el augurio.

LA MUJER

Así sea. (Cierra el trípode, lo coge en una mano y comienza a salir.) Vaya, la cotorrita de la suerte... Anuncia el futuro, la vida y la muerte. Negocios, matrimonios, enfermedades... (Su voz se va apagando. Se oyen los últimos chillidos de la cotorrita.)

ELVIRA

Bésame las manos y júrame que no harás ese viaje.

EL NOVIO

(Se inclina y le besa las manos.)

ELVIRA

¡Júralo!

EL NOVIO

¡Lo juro!

ELVIRA

Di que nunca lo harás.

EL NOVIO

Nunca.

ELVIRA

Aunque al llegar a tu casa estén hechas las maletas, comprados los boletos, aunque tu padre te suplique que partas...

EL NOVIO

No me iré.

ELVIRA

Entonces... dame la tarjeta.

EL NOVIO

Toma. (Se la da).

ELVIRA

(La rompe con grandes gestos.) Ya no existe ese viaje. Yo soy tu viaje y tu futuro.

EL NOVIO

Dime que nuestro amor no es imposible.

ELVIRA

Toma. (Le da su tarjeta).

EL NOVIO

(La rompe y echa los pedazos al aire.) Ya no existe ese amor imposible. Yo soy tu amor y tu futuro.

ELVIRA

Siéntate.

EL NOVIO

(Se sienta a su lado).



ELVIRA

Abrázame, pronto, antes de que empiece a dudar.

EL NOVIO

Mis brazos te defienden.

ELVIRA

Si te pidiera que te dejaras quemar las manos...

EL NOVIO

Están ya en el fuego. (Se separan lentamente.)

ELVIRA

Si te pidiera que estuvieras frente a mi casa seis meses sin entrar...

EL NOVIO

Esperaría sin llamar a tu puerta.

ELVIRA

Si te pidiera que nos viéramos en el parque, un domingo a las cinco de la tarde dentro de diez años, sin volver a recordártelo...

EL NOVIO

Sería puntual.

ELVIRA

Si te pidiera que me llevaras por todas las ciudades del mundo después que me haya muerto...

EL NOVIO

Iríamos juntos.

ELVIRA

¡Juntos!

EL NOVIO

Es la palabra. Pero te amo y sé que no vas a morir. (Se levanta, coge el disco, va hacia el fonógrafo y le da cuerda.) ¿Recuerdas aquella tarde...?

ELVIRA

(Con seguridad.) Fue en la calle Acosta.

EL NOVIO

Es cierto.

ELVIRA

Paseábamos en coche.

EL NOVIO

Es cierto.

ELVIRA

Llevabas ese mismo traje.

EL NOVIO

Y tú el mismo sombrero.

ELVIRA

El mismo.

EL NOVIO

De pronto quisiste entrar y... ¿Te acuerdas? (Pone el disco. Se escucha

la canción "Tú me has de querer" que Elvira toca y canta. La ejecución es un poco torpe, apagada la voz. En algunos momentos tararea o dice la letra. El disco está lleno de ruidos.) Hacia tiempo que no lo oíamos. Lo traje para darte la sorpresa. (Regresando, se sienta a los pies de Elvira. La canción continúa.) Me quedé mirándote a través de los cristales... Estábamos uno frente al otro, cuando empezaste a tocar... (Se refiere a la letra de la canción.) ¿Eran para mí esas palabras? Déjame curar tu herida, y darte toda esa eternidad... (Pone la cabeza en las rodillas de Elvira).

ELVIRA

(Acariciándole el cabello.) Esas palabras eran para ti... Y me las decía a mí misma. Te amaba ya, y no quería confesártelo... Veía tus ojos brillar a través del vidrio, y de mis lágrimas. Lloraba de alegría, de sentir todo eso. Tienes una hermosa cabeza, el pelo sedoso...

(Escuchan el resto de la canción en silencio. Entra El Viejo y comienza a hacerles un retrato recortando con unas grandes tijeras en hojas de papel negro. El brazo del fonógrafo empieza a golpear sordamente. El Novio se levanta despacio y lo quita).

EL VIEJO

No se levante. Hace mal. (A Elvira.) No debía usted dejarlo ir.

ELVIRA

¿Acaso piensa que no regresará?

EL VIEJO

Cuando se deja ir a alguien, se corre ese riesgo.

ELVIRA

Si vuelven es delicioso.

EL VIEJO

No es como antes, se lo aseguro.

ELVIRA

Sin embargo, aquí está de nuevo.

EL NOVIO

¿Qué hace?

EL VIEJO

Un retrato. Es mi especialidad. ¿Lo termino?

EL NOVIO

Hágalo.

EL VIEJO

Vuelva a su lugar.

EL NOVIO

(Retoma su posición anterior.)

EL VIEJO

(Continúa con el retrato.) Incline un

poco más la cabeza... Bien, así estaba. Gracias.

ELVIRA

Tiene usted manos ágiles. No sabía que se hicieran retratos de ese modo.

EL VIEJO

Las tijeras sirven para muchas cosas. Con unas tijeras le cortan a uno el cordón umbilical o con unas tijeras lo matan... Yo voy por la ciudad para retratar a la gente, para que puedan recordar después el momento. Ustedes hacen una linda pareja... Aquí les dejo este retrato... Pónganlo en el álbum de boda, cuando se casen.

EL NOVIO

Amigo, ¿cuánto le debemos?

EL VIEJO

Nada, esto es por puro gusto. Buenas tardes. (Sale).

EL NOVIO

(Entregándole el retrato.) Guárdalo. Es un recuerdo más.

ELVIRA

¿Quieres darme la colilla de tu cigarro?

EL NOVIO

No sé... Creo que está en el cenicero. (Se la da.) ¿Qué harás con ella?

ELVIRA

Voy a guardarla. Es un recuerdo más.

(Hay un silencio. Entran dos Camareras, encienden una lámpara, descorren las cortinas y retiran la estatua. Se escucha de nuevo el motor de la pecera).

EL NOVIO

(Como si fuera otra persona.) ¿Puedo pedirle un favor?

ELVIRA

¿Cuál?

EL NOVIO

(Con esfuerzo.) Volver el próximo domingo.

ELVIRA

(Indecisa.) No sé, realmente...

EL NOVIO

Permítamelo.

ELVIRA

No es mi costumbre...

EL NOVIO

Lo necesito.

ELVIRA

Bueno, si usted... Está bien. (Ruedan al suelo las tijeras detrás del biombo).

EL NOVIO

Sabré agradecerse. Hasta el domingo. (Sale rápidamente).

ELVIRA  
(De pronto.) ¿Qué he hecho, Dios mío?

ALEJANDRINA  
(Saliendo detrás del biombo, colérica.)  
Sí, ¿qué ha hecho? ¡Es increíble! Después de tanto tiempo... Pero con usted nunca se sabe... Esto terminará mal.

ELVIRA  
Ya veremos.

ALEJANDRINA  
Al menos debió preguntármelo.

ELVIRA  
Vamos a comer. (Con cansancio.) Llévame. Es casi de noche.

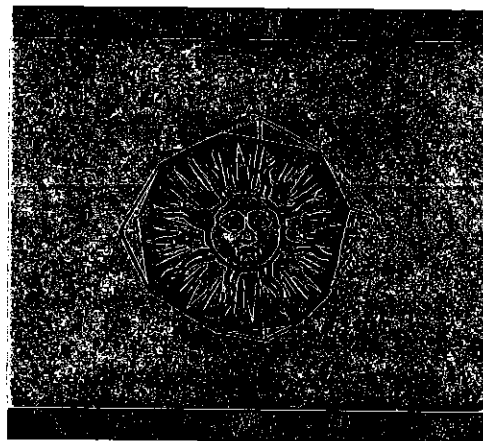
ALEJANDRINA  
(Comienza a empujar la silla hacia la puerta del fondo, se arrepiente, regresa junto a la mesa, busca nerviosamente.) ¿Dónde, dónde están?

ELVIRA  
(Desde la silla, de espaldas.) ¿Qué ocurre, Alejandrina?

ALEJANDRINA  
(Gritando.) ¡Se ha robado el encendedor y la pitillera de plata!

(Cae el telón mientras Elvira hace girar la silla, volviéndose de frente al público).

## ACTO SEGUNDO



## ACTO SEGUNDO

### 1

Cerrado el telón, se escuchan las cinco campanadas del acto anterior. Al abrirse, están en escena Elvira y El Novio, nuevamente en la terraza y vestidos con las mismas ropas. Se oyen apagados y lejanos el pregón de la mujer de la suerte y los chillidos de la co-torríta, sobre la conversación de los dos personajes).

ELVIRA

Siéntate.

EL NOVIO

(Se sienta a su lado.)

ELVIRA

Abrázame, pronto, antes de que empiece a dudar.

EL NOVIO

Mis brazos te defienden.

ELVIRA

Si te pidiera que te dejaras quemar las manos...

EL NOVIO

Están ya en el fuego. (Se separan lentamente).

ELVIRA

Si te pidiera que estuvieras frente a mi casa seis meses sin entrar...

EL NOVIO

Esperaría sin llamar a tu puerta.

ELVIRA

Si te pidiera que nos viéramos en el parque, un domingo a las cinco de la tarde, dentro de diez años, sin volver a recordártelo...

EL NOVIO

Sería puntual.

ELVIRA

Si te pidiera que me llevaras por todas las ciudades del mundo después que me haya muerto...

EL NOVIO

(No contesta.)

ELVIRA

(Después de una pausa, en que se han mirado en silencio, le indica con la mano que hable).

EL NOVIO

(No responde.)

ELVIRA

(Repite, marcando las palabras.) Si te pidiera que me llevaras por todas las ciudades del mundo después que me haya muerto...

EL NOVIO

(Con esfuerzo.) Iríamos juntos.

ELVIRA

¡Juntos!

EL NOVIO

Es la palabra. (Otra pausa inquietante, en que no se sabe qué hacer.) Pero te amo y sé que no vas a morir. (Se levanta, coge el disco, va hacia el fonógrafo y le da cuerda.) ¿Recuerdas aquella tarde?

ELVIRA

(Con seguridad.) Fue en la calle Acosta.

EL NOVIO

Es cierto.

ELVIRA

Paseábamos en coche.

EL NOVIO

Es cierto.

ELVIRA

Llevabas ese mismo traje.

EL NOVIO

Y tú el mismo sombrero.

ELVIRA

El mismo.

EL NOVIO

De pronto quisiste entrar y... ¿Te acuerdas? (Pone el disco.) Hacía tiempo que no lo oíamos. Lo traje para darte la sorpresa. (Regresando se sienta a los pies de Elvira. La canción continúa.) Me quedé mirándote a través de los cristales... Estábamos uno frente al otro, cuando empezaste a tocar... (Se refiere a la letra de la canción.) ¿Eran para mí esas palabras?... Déjame curar tu herida, y darte toda esa eternidad... (Se levanta, con un gesto impaciente.)

ELVIRA

(Se queda con la mano extendida.) Esas palabras eran para ti... Y me las decía a mí misma. Te amaba ya, y no quería confesártelo...

EL NOVIO

(Empieza a fumar, de espaldas a Elvira.)

ELVIRA

Veía tus ojos brillar a través del vidrio, y de mis lágrimas. Lloraba de alegría, de sentir todo eso... Tienes una hermosa cabeza, el pelo sedoso...

EL NOVIO

(No se mueve. Fuma.)

(Entra El Viejo y comienza a hacerles el retrato. De pronto, se da cuenta del cambio, y se queda perplejo, con las tijeras en el aire y la boca abierta. Elvira le indica enérgicamente que se marche. El Viejo se inclina y sale con las tijeras en alto.)

EL NOVIO

(Va al fonógrafo y lo quita, antes de que la canción finalice.)

ELVIRA

(Tamborilea en la mesa, con creciente disgusto.) ¡Siéntese! Lo echa todo a perder.

EL NOVIO

No quiero seguir con esto.

ELVIRA

¿Que no quiere? Ahora, ¿cuando todo estaba a punto de terminar?

EL NOVIO

Creo que es mejor así. (Se aproxima.)

ELVIRA

¿Tengo que conformarme con esa explicación? ¿Es suficiente? No sabe usted cumplir sus promesas.

EL NOVIO

No he prometido nada que no pueda dejar de cumplir. (Apaga el cigarro.)

ELVIRA

Usted y yo hemos hecho... digamos... un pacto, y debía haberlo cumplido hasta el final. Es horrible todo lo que se interrumpe. ¿Por qué apaga el cigarro? No le he dicho que me molesta, no le he ordenado que lo apague.

EL NOVIO

(Con aplomo.) Tampoco me ordenó que lo encendiera.

ELVIRA

Debió esperar que se lo ordenase. Está usted aquí para esperar. Quisiera haberlo visto siempre esperando, dispues-

to a complacerme. Está aquí para mirarme, para responderme, para vestir ese traje delante de mí. ¿No lo sabe? Nunca aprenderán. Quieren tener voluntad, entrar y marcharse. (Pausa.) Hubiera sido hermoso que usted llevara este domingo hasta el final. (De golpe.) ¿Por qué lo ha destruido?

EL NOVIO

(Extrañamente.) ¿Quiere que se lo diga?

ELVIRA

(Que parece darse cuenta de algo.) No quiero oír nada que usted pueda decirme.

EL NOVIO

Sé que hubiera deseado que todo continuara como la otra tarde, pero ya ve, no todo está previsto.

ELVIRA

(Sin oírlo.) Si me hubiera dicho que lo había olvidado, quizá empezaríamos de nuevo. Hace un momento me di cuenta de que no recordaba y lo ayudé.

EL NOVIO

(Súbitamente.) Lo recordaba todo, palabra por palabra.

ELVIRA

(Sin oírlo.) No debí permitir que volviera.



EL NOVIO

Yo habría vuelto de todos modos.

ELVIRA

(Sin oírlo.) Fue una debilidad. Alejandrina tenía razón.

EL NOVIO

Ella siempre tiene la razón.

ELVIRA

(Sin oírlo.) Ella los conoce. Sabe que son capaces de cualquier cosa.

EL NOVIO

Ella me dio este traje, y la pitillera, y lo demás.

ELVIRA

(Al Novio.) No le tema a las palabras. Dígalo. Se lo ordeno.

EL NOVIO

El dinero.

ELVIRA

¿Ve? Es muy sencillo. ¿Quiere repetirlo?

EL NOVIO

El dinero.

ELVIRA

¿No siente nada?

EL NOVIO

¿Debo sentir algo?

ELVIRA

Sí, la ambición, el rencor, el deseo de robar. ¿No sueña con el dinero? Lo busca, lo palpa en el aire, lo presiente. El dinero tiene un olor especial, ¿no le parece? No se puede vivir tranquilamente después de haber sentido ese olor. Usted entra en la terraza de un café donde alguien lo espera, alguien con el cual ha hecho un pacto y ve el brillo de las joyas, el oro que resplandece, y siente ese olor, y sabe que no podrá cumplir el pacto, y tiende las manos como un animal de presa. ¡Sí, aquí está, detrás de la vieja!

EL NOVIO

Tengo las manos extendidas, cuánto va a darme. Son grandes. Llénelas, llénelas con su dinero. No fue por debilidad que usted me permitió volver este domingo, sino porque decía bien las cosas, con entusiasmo, con calor. . . No parecían aprendidas de memoria, ¿eh? (Saca del bolsillo del saco unas hojas y las tira sobre la mesa.) No me equivoqué una sola vez. Estuve muchos días repitiéndolas hasta que me las aprendí. ¿Cuánto vale todo eso? No es muy fácil encontrar por ahí quien lo diga tan bien, al cual se le pueda permitir volver, y correr el riesgo. Alejandrina me puso mala cara cuando me abrió la puerta y casi ni me saludó. ¿No fue un do-

mingo magnífico? A mí no me gusta quedar mal, ¿sabe?

ELVIRA

(Comienza lentamente a quitarse las joyas y las va colocando sobre la mesa.)

EL NOVIO

¿No lo hice bien? No tiene de qué quejarse si ahora me niego. Usted vive de recuerdos. "Es un recuerdo más", se dice al final. Esto también será un recuerdo. Me gusta su casa, es cómoda, tiene de todo. (Mira alrededor con codicia.) Aquí uno podría vivir todo el tiempo, sin preocuparse de nada. A pierna suelta. ¿No soy como los otros? Yo también quiero su dinero y sus joyas. Hace un momento pensó que yo era él, que yo podría ser igual a él, ¿verdad? ¿Acaso este no era su traje? Alejandrina me dijo que me quedaba bien. ¿No me parezco a él? Pero este traje se empieza a romper, está viejo y apesta. ¿Por qué se fue y la dejó?

ELVIRA

Una sortija de oro y amatista. Pertenece a mi abuela. Quinientos pesos.

EL NOVIO

(Comienza a moverse en círculo alrededor de la mesa, amenazador.) A usted le sobraba el dinero para comprarlo. Pocos resisten a la tentación de vender-

se, ¿no es cierto? Yo estoy entre ellos, entre los que aceptan decir de memoria, fingir, sonreír, jurar que no olvidarán nunca. ¿No quise volver? ¿Por qué iba a regresar si no era por el dinero?

ELVIRA

Una sortija de diamantes de las minas del sur del Africa. Un juego de aretes de diamantes y dos pulseras de topacios. Oro y piedras preciosas. Recuerdos familiares. Alhajas compradas en Venecia. Tres mil ochocientos pesos.

EL NOVIO

Usted hablaba y hablaba, repetía su papel, y mi sangre corría tan fuertemente que casi no podía escuchar sus palabras y me zumbaban los oídos... Indiferente, segura, mientras yo hacía esfuerzos para no equivocarme, para mantenerme sereno, para cumplir. ¿Cómo no se da cuenta que otros...?

ELVIRA

Un pendantiff de plata con una esmeralda, estilo Imperio. Lo compró mi padre a un noble arruinado. Parecen serpientes entrelazadas. En cualquier momento puede volver a estar de moda. Tres mil pesos.

EL NOVIO

Sin duda usted cree que mi vida comienza en esa puerta, de esas tapias

para acá. Pero usted no me conoce. No tengo ningún álbum de etiquetas que traerle. Por mucho que buscara en mi casa no lo encontraría. Nadie allí ha tenido tiempo para coleccionar nada, ni siquiera para pegar unas fotos... ¿Por qué tenía que ser yo el hijo de un almacenista de vinos? Mi padre no es un almacenista. ¿Sabe el almacén que hay en mi casa? Un almacén de trastos viejos y de sillones rotos. Puedo llevarla cuando usted quiera. (Con violencia irónica.) Se vería muy bonita entre esas cosas con esa pamea y las joyas. (Se aproxima que parece que va a matarla.) ¿Quiere oler mi piel? No huele a vinos, se lo aseguro. (De golpe.) Si él la dejó plantada, ¿qué culpa tengo yo? (Vuelve a pasearse.)

ELVIRA

Quinientos pesos más tres mil ochocientos pesos, son cuatro mil, cuatro mil trescientos pesos, más tres mil pesos son en total siete mil trescientos pesos. ¡Siete mil trescientos pesos!

EL NOVIO

(Con violencia contenida.) ¡Míreme! (Se detiene.) Si me parezco a él, no lo soy, ¿me oye? (Se despoja del saco y lo deja en la silla.) Tendrá que acostumbrarse a la idea de que él no volverá nunca más. (Pausa. Se pasea nervio-

samente alrededor de la mesa.) Que yo pueda decir lo que quiero decir. Que no mienta, que no se me trabe la lengua. (A Elvira.) Escúcheme. Deje de contar su cochino dinero. Nada conseguirá. Se lo diré de todos modos. (Se detiene.) Yo no tengo coche, no podría llevarla a pasear, ni siquiera pagar la grabación... (Con violencia y torpeza.) Pero óigame: yo la amo.

(Largo silencio. La tarde comienza a declinar.)

ELVIRA

(Señalando con un gesto vago y cansado.) Empieza a hacerse de noche. (Pausa.) Lléveme hasta la pecera. Se deben estar muriendo de hambre.

EL NOVIO

(Tras una vacilación, la empuja lentamente.)

ELVIRA

(Toma un sobre con la comida y la esparce sobre el agua.) Parecen hambrientos. (Pausa.) Desde hace muchos años tengo esta pecera. La contemplo durante horas. He aprendido a conocerlos. ¿Ve esos tres que van formando una escalera? Nunca están solos. ¿Le tendrán miedo a la soledad? Aquellos son los gupis, tan pequeñitos que parecen larvas. Allí va el colisable, detrás

el tabutí de la India. Es maravilloso ese brillo metálico...

EL NOVIO

Un amigo mío tiene también una pecera. Es más pequeña. Está en su cuarto, cerca de la cama. El se pasa días enteros mirándolos.

ELVIRA

(De repente.) ¿Está enfermo su amigo?

EL NOVIO

(Sorprendido.) No, no, ¿por qué?

ELVIRA

Se me ocurrió.

EL NOVIO

(Después de una pausa.) Nos conocemos hace tiempo. A veces nos tomamos una cerveza. Es un buen muchacho. (Pausa.)

ELVIRA

Aquí se siente humedad. Es como si estuviéramos dentro. Debe ser la cercanía del agua... (Pausa.) Aquél se ha cansado, empieza a descender, como si hubiera muerto. Pero los otros siguen moviéndose. Parece que quieren salir, y chocan contra los cristales. Qué capricho. Si no pueden vivir fuera del agua. ¿No le parece que nos miran?

EL NOVIO

Tal vez nos están llamando para que los saquemos del agua.

ELVIRA

No pueden cerrar los ojos, no tienen párpados. El día nunca termina para ellos. Velan en la oscuridad, en silencio. (Pausa.) Con frecuencia pienso que sería mejor estar de su lado, mirando el mundo detrás de ese vidrio... (Con súbito malestar.) Pero no hay peces en silla de ruedas. (Hace girar la silla y queda frente al Novio.) Y bien, ¿qué espera usted que yo le diga?

EL NOVIO

Elvira, déjeme venir a verla, estar a su lado.

ELVIRA

¿Para mirarme como se mira un pez paralítico?

EL NOVIO

Para mirarla como se mira cuando se está enamorado.

ELVIRA

Y después de esto, ¿cuál es su plan a seguir?

EL NOVIO

¡No tengo ningún plan!

ELVIRA

¡Qué lástima!

EL NOVIO

¿Por qué?

ELVIRA

Siempre por qué y por qué. Preguntas y más preguntas. Yo no tengo respuestas, joven. Usted viene, interrumpe mi vida, destruye mis hábitos con sus preguntas y sus declaraciones. Yo no le pedí que me amara. Eso no estaba en la cuenta.

EL NOVIO

¿Acaso yo elegí amarla? Yo estaba ahí, sentado, pensando en lo que debía hacer, atento a sus palabras, repitiendo las mías... De pronto, dejé de oírlas, de oírme a mí mismo. Hubo un silencio a mi alrededor, y la vi a usted por primera vez, como si nunca la hubiera visto antes. No atinaba a encontrar el cierre de la pitillera. Lo había ensayado muchas veces, le juro que la sabía manejar, pero después de ese momento me quedé en blanco, en el aire. No sé cómo decirlo... Fíjese, yo no tengo muchas palabras... A menudo quisiera decir algo, algo de dentro, y no sé, y me trabo y empiezo a reírme sin saber por qué o hago un chiste y no acabo de decirlo... (Pausa.) Después que salí de aquí el domingo pasado, eché a correr, y no me importaba que la gente me viera, y salté y hablé solo, y me fro-té las manos... Me hubiera gustado

decírselo a alguien, a cualquiera que pasara por mi lado... Estaba ebrio y sentía dolor y alegría, algo que me ahogaba. (Pausa.) En esos seis días soñé cosas, sudaba en la cama y me despertaba y empezaba a hablarle y a hablarle y me daba miedo. La veía, la escuchaba, le preguntaba mil cosas sin parar...

ELVIRA

(Para sí.) Se escucha, se preguntan mil cosas... Uno siente alegría y dolor.

EL NOVIO

Sí, todo junto. Y se cuentan los días, y parece que el tiempo no pasa y uno quisiera empujarlo con las manos. Que llegue, que llegue al fin y pueda verla.

ELVIRA

(Abrumada.) Otra vez las mismas palabras. Dos veces en mi vida he escuchado lo mismo. Cállese. No puedo soportarlo. (Pausa.) Yo estaba aquí, en mi casa, mirando los peces, sin contar los días, en silencio... Recuerdo que lo miré, ¿cuándo?, en el momento en que no pudo abrir la pitillera, y temí que todo se echara a perder, que algo fallara, pero todo siguió su curso y fue mi única alegría... (Con cansancio.) Si supiera el daño que me hace.

EL NOVIO

(Con ansiedad.) ¿Qué sintió usted en

ese momento? ¿Qué sintió usted cuando me miró?

ELVIRA

No espere nada. Basta. (Pausa.) Es horrible. Usted me pone frente a algo que yo no quiero ver. Que yo había olvidado. (Transición.) Abra la puerta del fondo. Quiero oler los jazmines. Que entre el aire del patio.

EL NOVIO

(Abre la puerta y se recuesta al marco. En el patio los últimos resplandores del atardecer.) ¿Quiere que la traiga hasta aquí?

ELVIRA

No. (Aspirando.) Empiezan a oler. Yo misma los he sembrado, los he visto crecer y secarse. Sólo las plantas viven y mueren sin saber nada. Nadie les pide cuentas.

EL NOVIO

Hace buen tiempo. La noche estará fresca. (Pausa.) Por todas partes la gente se prepara para el domingo. (Pausa.) Es la hora del baño. Las muchachas han terminado de arreglar sus vestidos para salir y los hombres tienen sus ropas limpias y planchadas. (Pausa.) En mi barrio, los amigos empiezan a limpiarse los zapatos en las aceras, a tomar una cerveza en la esquina...

La gente espera el domingo como si fuera a ocurrir algo, alguna felicidad. (Se aproxima despacio.) Yo también sé esperar, Elvira. Déjeme demostrárselo. Permítamelo.

ELVIRA

No voy a seguir escuchándolo. ¿No se da cuenta de que lo engañaría? Ah, pero usted no comprende. Me mira con esos ojos... (Pausa.) En mi alma nada se mueve, nada empieza. (Pausa. Con cansancio.) Después de este momento, estoy más sola que nunca. Esperaba el domingo, y ya ha terminado. Váyase. Nada tengo que hacer con usted: yo necesitaba un cómplice. (Pausa.) ¿Qué vacío...! Cae la noche... (Con angustia.) ¿Si pudiera saber lo que ha muerto?

2

(Entra Alejandrina y enciende la lámpara. Las tijeras le cuelgan del cinturón al extremo de una cinta.)

ALEJANDRINA

(Con desfachatez. Habla con todo el cuerpo al Novio.) ¿Qué es lo que pasa? ¿Ya no lo oíste? (Palmeando.) Vamos, saliendo, que se hace tarde. Esto se acabó, viejo. No le des más cuerda, que se va a romper. Ya eso está puesto en la cuenta, de-ta-lla-do. No se me quedó

nada sin apuntar. ¿Así que hiciste dos declaraciones? Tienes una labia tremenda. Y decías que no te salían las palabras. Si te llegan a salir, aquí nos dan las ocho de la noche. Ya estaba casi entumecida detrás del biombo. A mi edad no se puede estar mucho tiempo en la misma posición, porque ahí mismo se queda. La recogen hecha polvo.

ELVIRA

Págale, págale antes de que se vaya.

ALEJANDRINA

(Al hablar con la señora es otra.) Sí, señora. Pero estoy segura de que él no se irá sin cobrar. Usted no conoce esta gente.

EL NOVIO

¿Y tú nos conoces muy bien?

ALEJANDRINA

Me sé de memoria a los tipos como tú.

EL NOVIO

Ya se ve. ¿Sabes cómo tratarnos, no?

ALEJANDRINA

Llevo años en esto. A mí no pueden sorprenderme. Además, ¿a qué viene tanta apariencia y tanta protesta? ¿No dijiste que sí al principio? No recuerdo que te opusieras ni me dijeras nada.

Aceptaste corriendo. ¿No te pusiste ese traje? Y ahora vienes a decirnos que ya no te gusta, que no piensas como antes, que ya no es lo mismo. ¿Qué no es lo mismo, chico? ¿Se puede saber? Aquí los tratamos a todos igual, les pagamos lo mismo, ni más ni menos. Deja el cuento, anda, deja el cuento. Ya este domingo se hundió, y por tu culpa. Cobra, y te vas, y deja la pitillera aquí.

ELVIRA

Págale, págale y que se vaya. Hemos hablado bastante. Empiezo a tener hambre.

ALEJANDRINA

(Sacando el sobre.) Vaya. (Se lo extiende.)

EL NOVIO

(Secamente.) No.

ALEJANDRINA

¿Cómo?

EL NOVIO

No.

ALEJANDRINA

Ah, ¿pero es verdad el cuento?

ELVIRA

Le ordeno que cobre.

EL NOVIO

He dicho que no.

ALEJANDRINA

¿Y por qué, si se puede saber?

EL NOVIO

Ya no me interesa ese dinero.

ELVIRA

Pero a mí me interesa que cobre. No se irá sin hacerlo.

ALEJANDRINA

Aquí está la cuenta de los gastos. Coge el dinero y fírmala. ¿Te la leo? A mí no se me olvida nada. He puesto hasta el último piropo.

EL NOVIO

(De repente.) Y si cobro, ¿qué pasará?

ELVIRA

Eso es asunto suyo.

ALEJANDRINA

Lo gastas en lo que te dé la gana.

ELVIRA

Sabemos que le hace falta.

EL NOVIO

(Con ironía.) Muchísima falta.

ALEJANDRINA

Esta plata vale tanto como cualquiera.

ELVIRA

Mi obligación es pagar.

ALEJANDRINA

Además, te la ganaste. No tienes de qué arrepentirte. Le has dado a la lengua cantidad. Coge, muchacho, coge. No seas bobo. ¿Vas a trabajar de gratis?

EL NOVIO

Y ustedes se quedarán tranquilas, ¿verdad? Dirán: "era como todos". "Se echó la plata y se fue". Pues no quiero entrar en el juego, ¿me oyen? No quiero que se queden tan tranquilas.

ALEJANDRINA

Tienes la cabeza muy dura.

ELVIRA

Acabará por ceder. Lo necesita.

ALEJANDRINA

Vamos, niño malo.

ELVIRA

Cabeza dura.

ALEJANDRINA

No seas malcriado.

ELVIRA

Obedece.

ALEJANDRINA

Coge la platica.

ELVIRA

Abre las manitas.



ALEJANDRINA

No desprecies lo que la gente te da.  
(Se aproxima al Novio.)

EL NOVIO

Ese dinero es tuyo. Te lo ganaste mejor que yo.

ALEJANDRINA

Ahora pretendes ofenderme. Antes estabas encantado conmigo, cuando te enseñé la foto y te di el trajecito. Seguro que pensaste: "Esta vieja me trae plata. Vamos a tratarla bien". (Gritando.) ¿Pero qué es lo tuyo? (Pausa. A la señora.) ¿No lo ve? Con esta gente no se puede tener consideraciones. Se lo advertí, señora, se lo dije muchas veces. Nunca usted debe permitir que vuelvan. (Pausa.) ¿Por qué no viajamos de nuevo y dejamos todo esto? Han pasado muchos años desde que usted no sale de aquí. Antes recorriamos el mundo. A mí me gustaba llevarla, ayudarla a subir, cerrar la silla, cargarla en brazos en las escalerillas de los barcos... Volvamos a viajar, señora.

ELVIRA

No podría estar en ninguna ciudad más de un día. Tendríamos que ir de un sitio al otro sin descanso.

ALEJANDRINA

Sería mejor, mucho mejor que tener que ver a esta gente.

EL NOVIO

(Acercándose a Elvira.) Elvira, detrás de estas paredes está el mundo, la vida, el domingo que empieza. Salgamos. Iremos juntos a ese parque del que hemos hablado, aún queda un poco de sol. Después tendremos la noche, la alegría. Yo me basto para hacerla feliz.

ELVIRA

¿Es cierto que la gente pasea en los parques al atardecer?

EL NOVIO

Todos salen a dar una vuelta.

ELVIRA

¿Es cierto que las casas se abren y hay fiestas?

EL NOVIO

Oiremos la música, reiremos, veremos la gente bailar.

ELVIRA

Oh, si pudiera decirle... No pasa nada. Un gran silencio, un silencio interminable.

ALEJANDRINA

Deja esa silla. No la toques. ¿No ves que no quiere salir? Está en su casa. Aquí todos hacemos lo que ella desea. En la cocina están preparando su comida, la que a ella le gusta. Nada tie-

ne que ir a buscar a la calle, ni a esas fiestas.

EL NOVIO

(Trémulo.) Respóndame, ¿no quiere usted salir?

ELVIRA

(Permanece callada. Abre el abanico y lo coloca sobre el pecho).

ALEJANDRINA

Déjala en paz. Vete de una vez. Eres un trago amargo, un tipejo. ¿La ibas a cargar como yo la he cargado durante treinta años? Ella sola no puede levantarse de la cama. Todas las mañanas tiene que llamarme, que esperar a que yo la levante y le acerque la silla. Y yo espero su llamada, estoy pendiente de sus labios, de sus deseos. "Llévame a oler los claveles". "Vamos a echarle la comida a los peces". "Busca al de este domingo". Todos los días durante treinta años, y tú vienes ahora a importunar, a apoderarte de todo. ¿Te gusta esta casa, verdad? Oí cómo lo decías. Aquí podrías vivir a pierna suelta. ¡Pues no, no y no! Si la vieras en la cama, con las piernas inertes, como una muñeca de goma. ¡Así! (Le levanta el vestido. Las piernas contrahechas de Elvira cuelgan delante de la silla, muertas, flácidas, repugnantes y

tristes. Las dos mujeres gritan y ríen como endemoniadas).

ELVIRA

¿Te horrorizas?

EL NOVIO

No me importa.

ALEJANDRINA

¡Mientes!

EL NOVIO

No te escucho, víbora.

ALEJANDRINA

Cerraste los ojos.

ELVIRA

Hiciste una mueca de asco.

ALEJANDRINA

Pero ya era tarde: las habías visto.

ELVIRA

Tus labios se apretaron.

ALEJANDRINA

Y cerraste los ojos.

EL NOVIO

No me importa, no me importa.

ELVIRA

Eres débil.

ALEJANDRINA

No podrías estar a su lado.

EL NOVIO

No me importa, no me importa.

ALEJANDRINA

¿No te la querías llevar? (Ríen frenéticamente).

ELVIRA

Tendrás que llevarme con estas piernas.

EL NOVIO

No me importa, no me importa.

ALEJANDRINA

Y cargarla y llevarla al inodoro.

ELVIRA

Vuelve, vuelve el próximo domingo.

ALEJANDRINA

Te esperamos. (Corre y salta por la escena.) En el inodoro, en el inodoro.

EL NOVIO

Si la escucha estará perdida. (Se arroja delante de Elvira.) Deme sus manos, se lo suplico. No me importan sus piernas deformes, ni que viva en esta silla de ruedas. Venga conmigo, huyamos.

ELVIRA

No me mire con esos ojos. Es lo peor de todo.

EL NOVIO

Me quedaré aquí, aunque usted no quiera verme. Dormiré en el suelo, junto a la puerta de la calle, en silencio, sin llamar.

ALEJANDRINA

En el inodoro, en el inodoro. ¡Limpiala, limpiala!

EL NOVIO

La esperaré. No puedo dejarla. Todo terminará si yo la dejo.

ELVIRA

Váyase, váyase. No le perdonaré que lo haya destruido todo. No me atormente más. (Forcejean).

ALEJANDRINA

(Se acerca rápidamente y hunde las tijeras en la espalda del Novio, gritando) ¡Al fin!

EL NOVIO

(A Elvira.) Hubiera preferido que lo hicieras tú misma. (Se aferra a la silla y rueda después lentamente hasta el suelo).

ELVIRA

(Asqueada hace retroceder la silla, huyendo).

(El cuerpo del Novio queda tendido boca abajo, en medio de la escena. Largo silencio).

ALEJANDRINA

Venga, mi señora. Todo volverá a estar como antes. (Se coloca detrás de la silla y empieza a empujarla despacio hacia el patio).

ELVIRA

(Con cansancio.) Entonces, ¿era esto lo que yo quería?

ALEJANDRINA

Pronto servirán la comida.

ELVIRA

(Al pasar cerca de un jarrón.) Espera. (Coge las flores.) Llévame.

(Alejandrina la empuja hasta El Novio. Elvira arroja las flores sobre el cadáver. Alejandrina la empuja alrededor de la saleta. Elvira va recogiendo flores y arrojándolas sobre el cuerpo del Novio. Se escuchan voces lejanas de niños. Después, una pelota empieza a golpear sordamente contra la puerta de la calle. Cae el telón despacio).

Habana, 1964.

## SUMARIO



Este libro  
se terminó  
de imprimir  
en diciembre  
de 1965,  
Año de la  
Agricultura  
por Ediciones  
Revolución  
Imprenta  
Abel  
Santamaría  
Amistad 353,  
La Habana,  
Cuba.

La  
edición  
consta  
de  
1,375  
ejemplares

PRECIO DEL EJEMPLAR \$1.20  
M O N E D A C U B A N A